

## CAPÍTULO XV

## VIAJES AÉREOS DE M. CAMILO FLAMMARION

## MI PRIMER VIAJE AÉREO, EL DÍA DE LA ASCENSION DE 1867

Todos los movimientos que se verifican en la Atmósfera obedecen á leyes determinadas. Las fuerzas puestas en accion en la formacion de los vientos, en la elevacion de las nubes, en el desarrollo de las tempestades, así como las que presiden á la aglomeracion de las tormentas, al origen de las brisas lijeras y á los movimientos de las mareas aéreas, son tan positivas, tan absolutas como las que mueven los astros en las profundidades del infinito. El hombre, tan insignificante en el universo bajo el punto de vista de su valor corporal, y tan grande por su génio, ha sabido descubrir las causas de los movimientos celestes, siéndonos fácil hoy calcular la posicion que un mundo cualquiera ocupará dentro de un siglo ó de muchos millares de años. Pero los movimientos atmosféricos, mas complejos y difíciles de apreciar, han escapado hasta ahora á la observacion, y son al parecer extraños á toda determinacion del cálculo. Sin embargo, podemos afirmar, en nombre de la filosofía natural, que nada, ni siquiera el mas leve soplo de aire, depende de la casualidad, y que estamos en el caso de esperar que llegue un dia en que se determinen perfectamente las causas, y en que la prediccion del tiempo sea hija de una verdadera ciencia cronológica, digna compañera de su hermana mayor, la astronomía.

En mi concepto, la aerostacion es la via

mas natural y mas directa para observar las corrientes atmosféricas: creo que el mejor medio de conocer las variaciones diurnas y el carácter meteorológico de las diferentes altitudes, y para observar en su mecanismo y en su marcha la formacion de las tempestades, es «ir á ver» lo que pasa en esas regiones superiores, y comprobar los hechos. Una larga acumulacion de *casos* y su discusion sistemática serán mas provechosas para la solucion del problema que cualquiera hipótesis.

Ligase otro interés á la observacion de las corrientes; este consiste en que, en el caso de que se reconocieran sus variaciones á diferentes alturas, segun las horas del dia, y las estaciones, y con arreglo á determinadas condiciones, quedaria resuelto el gran problema de la navegacion aérea.

Por mi parte he emprendido una série de experimentos aerostáticos con el objeto de observar las corrientes y aplicar la posicion excepcional del globo á otros estudios de física general sobre varios asuntos fijados de antemano, tales como la temperatura de las capas aéreas, la electricidad atmosférica, el magnetismo terrestre, la humedad del aire, la radiacion solar, los fenómenos meteóricos, el color del cielo, la titilacion de las estrellas, la composicion química de la atmósfera á diferentes alturas, las leyes de la vision y del sonido, etc., etc.

He efectuado mis primeros viajes por cuenta de la sociedad aerostática de Francia. El ministro de la casa del Emperador tuvo la bondad de poner á nuestra disposicion el excelente globo que Napoleon III mandó construir cuando la guerra de Italia, en 1859, y que desde entonces habia estado en el guarda-ropas, sin haber servido, porque llegó á Solferino al dia siguiente de la victoria. Hecho de seda doble, es casi impermeable y tiene buenas condiciones para las ascensiones científicas, lo cual, unido á su capacidad de 800 metros cúbicos, permitia que se hicieran verdaderos viajes en él.

Desde el principio he consignado mis observaciones científicas en memorias especiales; pero estos viajes tienen otro aspecto que me ha parecido esencialmente popular y susceptible de cautivar la atencion de un gran número de lectores; aspecto que resulta de las impresiones espontáneas producidas en el hombre aislado de la tierra, y de las observaciones sobre los fenómenos generales hechos bajo este punto de vista.

Lo mismo en este que en otros muchos asuntos de estudio, las impresiones personales son, á mi juicio, las mas seguras y mas fáciles de analizar. Las sensaciones que experimentamos nosotros mismos pasan mas directamente de un alma á otra, que las teorías y consideraciones generales. Por consiguiente, espero que el lector me perdonará el que el relato que sigue sea, mas bien que otra cosa, la imagen fiel de las ideas que han acudido á mi mente en ciertos casos particulares.

*Antes de la partida.* — Nos dirigimos á la cámara en que yace el globo vacío, el cual es una inmensa tira de seda ó de tela barnizada, tendida en el suelo; una vasta red le envuelve entre sus mallas; en su conjunto parece una masa informe disimulada por sus anchos pliegues longitudinales. Para los ojos del vulgo, allí no hay mas que un tejido de tal ancho por tal largo; los del aero-

nauta contemplan aquella cosa inerte bajo un carácter muy distinto. Cuando fija su mirada en aquella masa extendida, la vé adquirir rápidamente un aspecto insólito, capaz de conmoverle profundamente, y está tentado por apostrofarla en estos términos: «Objeto informe, cosa inerte á la que ahora puedo hollar bajo mis plantas ó romper con mis débiles dedos; esclava mia, que yaces muerta en mi presencia; por un capricho voy á convertirte en mi soberana. Podria dejarte sumida en el polvo y permanecer sobre mi trono, pero, por mi omnimoda voluntad, voy á darte la vida, á hacerte pronto mi igual en poderío: luego, en mi generosidad, insensata tal vez, te haré mas poderosa que yo, ¡oh cosa inerte y vil! Te daré mas de lo que tengo. Voy á hacerte grande y magnífica, y tanto, que en adelante seré á mi vez tu esclavo.... Yo, que soy el pensamiento, me convertiré en tu cosa, y tú serás la reina. Me echaré en brazos de tu majestad, y tú me arrebatrás. ¡Oh creacion de mi mano! ¡Tú me llevarás mas allá de mi reino, al tuyo, al que he creado para tí; huirás á la esfera de las borrascas y tempestades, y me obligarás á seguirte! Y harás de mí lo que te plazca; olvidarás que soy yo el que te ha dado la vida... me robarás quizás la mia propia, y dejarás flotar mi cadáver en el seno de las tormentas superiores, hasta que cansada tu perfidia, caiga por sí misma ¡oh mónstruo horrendo! en alguna playa desierta ó en las olas que nos devorarán á entrambos!....»

En efecto, esa cosa que, hace un momento, yacia inerte en el suelo, se convierte en una potencia, en un *ser* especial, cuyo elemento será el aire, y del cual huirán angustiadas las aves mas vigorosas y todos los habitantes del espacio. El gas va penetrando lentamente como un soplo de vida, é hincha la palpitante esfera. Ya se retuerce convulsivamente el aeróstato para escapar de las manos que le sujetan, y parece sublevarse á la vez contra el hombre y contra el viento, aun cuando sin ellos no existiria.

¡Somos tan egoístas apenas nos sentimos fuertes! Ni siquiera me permite fijar mis instrumentos á sus piés, y mientras nos colocamos con nuestros aparatos en la vacilante barquilla, los amigos, cuyos corazones laten á la par del nuestro, se acercan diciéndonos: «¡ No hagais semejantes locuras! ¡ Eso de exponer la vida por la ciencia es demasiado pueril! ¿ Es justo anteponer un viaje aéreo á la tranquilidad de la familia? ¿ Por qué haceis pasar nuestro cariño por tan ruda prueba? ¿ Por qué entregaros á la caprichosa merced del viento en una frágil barquilla de mimbre? ¿ Sabeis acaso dónde ireis á parar? etc.... » Todas estas observaciones, hijas de la ternura, nos acosan, haciéndonos casi creer que somos unos héroes, y resultando de esta consecuencia un efecto inesperado, porque nuestro valor se enardece mas que nunca. Prometemos volver dentro de algunas horas y... damos la orden de « ¡ Soltarlo todo ! »

*La partida.*—Eugenio Godard, «aeronauta del Emperador,» está encargado de la direccion del globo. En frente de mí se coloca otro excelente compañero de viaje, el conde Javier Branicki. La agitacion del globo me ha impedido sujetar mis aparatos, pero lo haré allá arriba, cuando el impaciente vehículo cese en sus sacudidas.

Sea cualquiera el punto desde el que uno se remonte, el momento de la partida tiene algo de solemne. En medio de los amigos que han venido á asistir á nuestra primera expedicion, ante las miradas que nos siguen, nos elevamos lenta y magestuosamente por el espacio. Esta es ya una sensacion única, enteramente nueva y muy singular. El movimiento que nos arrebató es completamente *insensible* para nosotros; pero *sabemos* que nos elevamos, porque París se agranda progresivamente á nuestros piés, y nuestra vista lo abarca en breve en toda su extension, rodeado de risueñas campiñas. Dirigimos una última mirada, una postrera seña á los ojos que nos buscan, algunos de los cuales, demasiado sensibles tratándose de

una situacion tan sencilla, no nos distinguen sino á través de un velo de invisibles lágrimas, y apartándonos de la baja tierra, procuramos definir las sensaciones nuevas que nos agitan.

—*¡ Qué hermoso es esto ! ¡ Qué magnífico !* Es la primera exclamacion que sale de nuestros labios.

Ninguna descripcion es capaz de expresar la maravillosa magnificencia de semejante panorama: cuantos lo han intentado han pecado de cándidos ó de aparentemente ridiculos. La mas admirable, la mas grandiosa escena de la naturaleza, vista desde lo alto de una montaña, no puede compararse con la belleza de esta misma naturaleza vista perpendicularmente en el espacio. Allí únicamente es donde el hombre advierte que la tierra es hermosa, que la vida de la naturaleza es grande, que el aire envuelve este mundo con una radiacion de vida, que la creacion es una inmensa armonia.

La primera impresion que domina es una sensacion de bienestar enteramente nueva, á la cual se agrega la vanidosa complacencia de verse por encima del resto de los hombres, y el placer de admirar un espectáculo siempre magnífico. (El aeronauta debe tener cuidado de equilibrar bien su nave aérea antes de levar el ancla; debe elevarse con gran lentitud, pues este modo de remontarse es preferible al de una flecha, tanto por el atractivo de la contemplacion cuanto por los mismos instrumentos, que deben ponerse poco á poco á la temperatura ambiente). He dicho que el movimiento es completamente insensible, y en efecto, no lo sentimos en modo alguno: nos creemos *inmóviles*. *La tierra descende* por debajo de nosotros; el grupo de nuestros amigos disminuye; y sus despedidas apenas se perciben, cubiertas por la voz colosal de París, que lo domina todo con su gigantesco murmullo. La populosa ciudad ostenta á nuestra vista sus mil techos, sus cúpulas, sus monumentos, sus jardines, sus bulevares, su fortificacion exterior, y sus campos

circunvecinos; es un espectáculo encantador que eclipsa los de las Mil y una Noches.

Las obras humanas se disipan pronto en semejante contemplacion. Los elevados palacios, las basílicas seculares, las erguidas cúpulas, los campanarios de piedra que penetraban en el cielo con sus delicadas caladas, han ido achicándose hasta el nivel del suelo; la iglesia de Nuestra Señora, cuyo pórtico nos causaba admiracion; el Arco de triunfo, coloso de piedra que vigila al poniente de la gran ciudad; el Louvre, asentado á orillas del rio; las últimas torres que el tiempo ha dejado en pié; todos los esplendores de la arquitectura se humillan ante el cielo. La primera ciudad de Europa, la capital de la tierra, París, queda reducida para nosotros á las dimensiones de los planos en relieve que se ven en el Museo de los Inválidos. Contempladas desde arriba, todas las perspectivas han cambiado. Las vastas avenidas y los grandes parques se han convertido para nosotros en estrechas alamedas y en insignificantes jardinillos: atravesamos un delgado arroyuelo que se llama Sena. Algunos puntos de vista degeneran en grotescos. El palacio del Campo de Marte, que ciertos arquitectos noveles admiraban, nos parecia, con perdon sea dicho, una morcilla blanca de Nancy. — Es la salchicheria de la industria francesa, me dijo un compañero de viaje. Mas allá del Louvre, la torre de San German l' Auxerrois con la Iglesia y la alcaldia á uno y otro lado tenia el aspecto de unas vinagreras. Al partir, el Napoleon de la columna Vendome y el genio de la Bastilla nos parecieron colocados en un pedestal mas grueso por arriba que por abajo; pero la ascension ha ido aplanando las estatuas hasta el nivel del suelo, demostrándonos que, en efecto, la gloria no es mas que la igualdad de la nada. ¡Cómo cambia todo, visto desde arriba!

Un poco despues vimos á nuestros piés el jardin del Luxemburgo, y reconocemos que, á pesar de las buenas palabras de la edilidad parisiense, hay enagenada una su-

perficie muy importante de él. La posicion del aeronauta es la mas ventajosa para juzgar en su exacto valor relativo todos los objetos visibles en la superficie de la tierra. Desde allí se vé tambien que las comunidades religiosas del barrio de San German poseen una valiosa estension de terreno en París. La vanidad no tiene acomodos con nuestro cielo. El Sena es una delgada cinta gris cuyas sinuosidades se advierten en lontananza, y van á perderse en el oeste hasta Rouen. La mirada se estiende por el noreste hasta Meaux. La superficie de la tierra es plana; no hay en ella montañas ni valles, sino un plano regular é iluminado de finos colores como una rica miniatura. Comprendo la exaltacion de los inventores de la aerostacion y de los primeros aeronautas cuando se vieron trasportados á las alturas, y contemplaron el admirable campo de la naturaleza desplegado por vez primera ante los victoriosos ojos de la humanidad.

Así pues, la primera impresion dominante es en cierto modo la *sensacion de la inmovilidad*, en oposicion con la idea que de antemano nos formamos de sentir un movimiento á través del aire. La segunda consiste en el encanto que produce el espectáculo inesperado y sin precedente que se contempla de pronto. La tercera impresion, que no tarda en suceder á las dos primeras, es cierta duda sobre la solidez absoluta del barco aéreo. El abismo inmenso abierto á los piés del aeronauta le obliga á hacer algunas reflexiones imposibles de evitar:—¿ Y si el gas se escapase? ¿ y si se rompiera alguna cuerda? ¿ y si se desfondara la barquilla? ¿ y si no se pudiera bajar? ¿ y si un remolino de viento arrebatara el globo? ¿ y si se cayera? . . . Reflexiones cuya inverosimilitud se echa de ver al momento. Físicamente hablando, el globo es tan sólido en el aire, como la piedra en el suelo. Pero sigamos al buque aéreo en su celeste derrotero.

*El viaje.*— A las 5 y 20 minutos nos alejamos de la tierra, y diez minutos despues